



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9667

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará a contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 21

MIÉRCOLES 24 DE ENERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Caumartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.



EL SEÑOR

DON ESTANISLAO ROLANDI Y BUTIGIET,

ALCALDE PRESIDENTE DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO DE ESTA CIUDAD,

ha fallecido á las tres de la tarde de hoy después de recibir los Santos Sacramentos.

La Corporación Municipal,

la viuda del finado, su madre, madre política, hermanas, hermanos políticos, tíos, sobrinos y demás parientes,

ruegan á sus amigos se sirvan asistir á la conducción del cadáver que tendrá lugar mañana 25 á las tres y media de la tarde, desde la casa mortuoria calle del Carmen número 76 al cementerio de Nuestra Señora de los Remedios.

El duelo se despide en las puertas de San José.

NOVEDADES

EN EL
MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somieres que pueden transportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Estufas Choubertki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.
PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA.

D. de N. D. y R.

(COLABORACION INEDITA.)

Tranquílcese el lector asustadizo. No corresponden estas iniciales á ninguna asociación secreta de esas que como el ciudadano Nerón

Salamanca. Es un verdadero asce- ta de la ciencia y de la literatura.

¿Que por qué hablo de él?...

¿Queréis saberlo? Hablo desintere- sadamente. Ni siquiera le conozco. Pero he recibido una colección de sus interesantes libros, hermosamente editados en Valladolid, y es justo de toda justicia, que elogie sus méritos porque... en el elogio no hay reclamo. Los tales libros no se venden.

Es D. de N. un literato que, agra- no al mercantilismo que en mayor ó menor grado nos domina á todos los demás mortales, profesa la romántica doctrina de «el arte por el arte», y no por el lucro material y positivo. Escribe porque le sobran aspiración y cultura. Publica lujosamente sus obras porque le sobra dinero. ¡Un hombre rico y modesto! ¡Que gallardo y á la vez que inverosímil conjunto de cualidades her- mosas!

No os recomiendo, lectores, que leáis sus versos inspirados y su prosa correcta, porque no tendréis facilidad de adquirir sus obras. Pero al que consagra su vida al platónico amor de la ciencia y de la literatura; al que no firma sus libros, dignos de las mejores cultivadas y surtiditas bibliotecas, nada más que con sus iniciales ¿que mucho que se le admire y en público se le elogie? Finalmente pude saber su nombre (repito que no conozco al literato) y lo publico. Ese literato ilustre es Dionisio de Nogales Delicado.

CALIXTO BALLESTEROS.

LAS DOS ESPAÑAS.

Se dice, quizá con excesiva ingenui- dad, que nuestro país vive medio siglo atrasado, con relación á los demás pue- blos de Europa.

Cierto que España, más por imposi- bilidad que por desidia, no está á la altura de Inglaterra, Austria, Francia, Alemania, ni aun de Italia, en lo tocante al desarrollo de algunos progresos

políticos y sociales: pero no lo es que sea el atraso tan sensible, que nos en- contremos hoy como aquellas naciones en 1844. En esto hay un grande error.

Somos los españoles exagerados por naturaleza, y con la misma facilidad re- bajamos á nuestro país cuando quere- mos deprimirle, como le ponemos sobre las nubes, cuando queremos enalte- cerle.

Entre estas dos exageraciones se ha- llaría la verdad del estado efectivo de España, por poco que quisiéramos, apartándonos de la política, estudiar lo que tenemos hecho, lo que nos falta hacer, y cuáles son los medios que se deben utilizar para lograr el fin apetecido.

No se debe olvidar que, durante el medio siglo transcurrido desde 1825 á 1875, los demás pueblos de la Europa culta han podido progresar tranquilamente, gracias á la paz interior de que han gozado, mientras España, durante el mismo período de tiempo, ha sufrido guerras civiles, innumerables pronun- ciamientos, cambios de instituciones, y todos los ruinosos accidentes que entra- ñan las luchas intestinas.

Teniendo en cuenta estas circunstan- cias, y viendo lo que hay hecho, y que no es poco, lo que falta realizar para ponernos al nivel de los otros pueblos, que es algo, no parecerá imposible que, siguiendo ese camino, se llegue al de- sesenvolvimiento de todas las energías nacionales.

Se dice también, para explicar la cau- sa de nuestro estado, que los españoles son indolentes, y tampoco esto es en absoluto verdad.

Nuestra industria, con relación á los habitantes que tiene España, es impor- tante; importantísima, por la cantidad y la calidad de los artefactos que produ- ce y los cientos de miles de obreros que en ella se ocupan diez, doce y catorce horas al día: nuestras fábricas, nuestros talleres, nuestros Astilleros, llenos es- tán de españoles que perfeccionan los instrumentos del trabajo, emulan, algu- na vez, á los artífices extranjeros, y pregonan los adelantos del país.

Nuestra marina mercante, muy nu- merosa, es citada en el mundo por su pericia y por su arrojo, y nuestro Ejér- cito es, con razón, tenido por modelo de valor, de sobriedad y de disciplina, es- ta valerosamente conquistada después de grandes infortunios.

La agricultura hallase decadente en España; pero es en la Andalucía baja, en Murcia y en Valencia, en parte de Cataluña y Aragón, y en las provincias del Norte, hay ricas comarcas bien cul- tivadas.

Nuestros ferrocarriles, nuestros puer- tos, los pocos canales con que contamos, se han hecho, es verdad, con capitales venidos de fuera, pero españoles son muchos jefes que trazan las obras y to- dos los obreros que las construyen.

La riqueza minera que atesora nues- tro suelo, no sólo la explotan empresas extranjeras, sino también nacionales, y la mayoría de los heroicos trabajadores que pasan la mitad de la existencia en- cerrados en las profundidades de la tie- rra, con exposición permanente de la vida, no son extranjeros.

No: el pueblo español no es indolente; es tan trabajador como el que más, y más sufrido y con menos necesidades que todos.

Lo que hayes, que en la tierra cer- cado por los Pirineos y Portugal, el Mediterráneo y el Océano, existen dos Españas: la España política y la España trabajadora.

La primera, vive sometida á todos los desequilibrios de nuestra raza y de nues- tro carácter; tiene algo de aventurera, pero es honrada y digna; y la mayor parte de los partidos acatitan ideales patrióticos.

La otra España, la que vive en las fá- bricas, en los talleres, en los bufetes, en los escritorios, donde quiera que se tra- baja, sólo se cuida de cumplir con sus deberes ó satisfacer sus necesidades: á fuerza de desengaños, ha dejado de in- tervenir más de lo que debiera en la cosa pública. La silueta de esta España no se dibuja en la superficie, y pocos la co- nocen. De ahí que, cuando se habla de nuestro país, se diga en el extranjero que España es ingobernable y que no avanza en el camino del progreso, cuan- do los hechos demuestran elocuentemen- te lo contrario.

Si estos españoles imitaran, por ejem- plo, á Bélgica, y, como los burgueses de allí, no dejaran de hacer uso de nin- guno de sus derechos políticos, y mani- festaran á sus representantes cuáles son sus aspiraciones, ¿cómo, dentro de la armonía de todos los organismos, pue- den satisfacerse, la España política trans- formariase pronto, y resucitaría sus vel- las energías.

EL ULTIMO MOHICANO.

161

go al oír correr á los salvajes hacia el sitio en que el cazador había ocultado su fusil, que la casualidad los había hecho descubrir.

Le fue fácil comprender algo de lo que decían los Hurones, porque mezclaban á su lengua propia muchas expresiones tomadas de la que se hablaba en el Canadá. (1) Las palabras Carabina Larga! Carabina Larga! pisaban de boca en boca, y toda la banda se reunía alrededor de un trofeo, que parecía indicar la muerte de aquel que había sido su propietario.

Después de un ruidoso consejo, frecuentemente interrumpido por el estrépito de una feroz alegría, los Hurones se separaron, corriendo por todas partes, y haciendo resonar el aire con el nombre de un enemigo, cuyo cuerpo según Heyward comprendió por algunas de sus expresiones, esperaban encontrar en alguna hendidura de las rocas.

—He aquí el momento de la crisis, dijo en voz baja á las dos hermanas, que temblaban. Si esta gruta es- capa á sus pesquisas, estamos salvados. En todo caso, podemos tener la seguridad según lo que acaban de decir, que nuestros amigos no han caído entre sus manos, y abrigar la esperanza de que dentro de dos horas Webb nos mande socorros.

(1) El francés.

160 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

menos para hacer comprender á las dos hermanas la necesidad de esperar en silencio los acontecimientos.

Otros gritos siguieron al primero, y bien pronto se oyeron las voces de los salvajes que corrían desde la extremidad de la isla, y que llegaron á la roca que cubría las dos cavernas.

El aire seguía resonando con feroces alaridos, que solo lanza el hombre cuando se halla en el estado más completo de barbarie.

Aquellos espantosos gritos estallaron bien pronto por todas partes alrededor de ellos; unos llamaban á sus compañeros desde la orilla del agua, y otros con- testaban desde lo alto de las rocas. Otros gritos más temibles se oyeron en la proximidad de la grieta que separaba las dos cavernas, y se mezclaban á los que partían de la rambra en que algunos Hurones habían desembarcado. En una palabra, aquellos gritos terri- bles se multiplicaban de tal modo y parecían tan pró- ximos, que hicieron comprender mejor que nunca á los cuatro individuos refugiados en la gruta, la nece- sidad de guardar el más profundo silencio.

En medio de aquel tumulto, un grito de triunfo so- nó á poca distancia de la entrada de la gruta, que es- taba disimulada con haces de ramas de saxafrás amontonados delante de ella. Heyward perdió enton- ces toda esperanza, convencido de que la entrada ha- bía sido descubierta. Sin embargo, se tranquilizó al

EL ULTIMO MOHICANO.

157

Un largo y profundo silencio siguió á las últimas palabras pronunciadas por el mayor. El aire fresco de la mañana había penetrado en la gruta, y su be- néfica influencia había obrado sobre los que se encon- traban allí reunidos. Cada minuto que pasaba sin traer consigo ningún peligro nuevo, reanimaba en su corazón la confianza que en el había empezado á renacer, si bien ninguno de ellos se atrevía á comuni- car á los demás una esperanza que al minuto siguien- te podía caer por tierra.

David era el único que parecía extraño á todas aquellas emociones. Un rayo de luz que penetraba por la estrecha abertura de la gruta caía sobre él, y á su luz se le podía ver ocupado en hojear su libro, co- mo si buscara un cántico mas en consonancia con su situación, que todos aquellos que habían pasado ante sus ojos hasta aquel momento. Probablemente obraba así, porque recordaba confusamente lo que le había dicho el mayor al conducirle á la gruta.

Por fin sus diligentes cuidados obtuvieron la mere- cida recompensa. Sin mas discurso ni explicación, exclamó de pronto en alta voz.—La isla de Wight.

(1)—Cogiendo su instrumento favorito, produjo al- (1) Es una particularidad propia de la salmodia america- na, que los cánticos se distinguen unos de otros por nom- bres de ciudades ó provincias etc., como Dinamarca, Loro- na, Isla de Wight. Estos tres últimos son los mas apreciados.